

esposos, había de verse á la viudita que, por cierto, era joven y bella, paseándose muy ufana en la Alameda, admitiendo los requiebros de un galán.

He aquí por qué el tan agudo como filósofo Don Francisco de Quevedo se expresó en estos términos: "Vestido negro y pensamientos verdes."

* * *

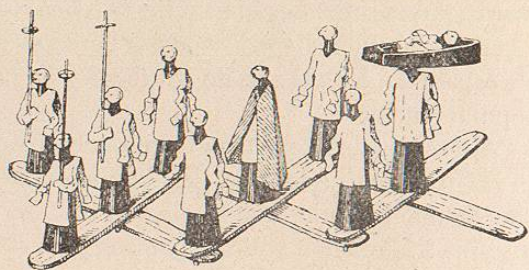
Los *serenos* ó guardianes nocturnos, los *padres del agua fría* ó guardas diurnos, hoy gendarmes, los repartidores de periódicos, los aguadores y otros individuos por el estilo, desde muy temprano repartían versos impresos, más ó menos chabacanos, por medio de los cuales pedían *su tumba, su calavera* ó *su ofrenda*, de la misma manera que pedían sus gajes correspondientes á otras fiestas; *su matraca* y *aguas frescas* en la Semana Santa; *su tarasca* y *huacalito* en el Corpus, y *su aguinaldo* en Navidad. Todos hacían mérito de los servicios prestados á los vecinos, por lo que se consideraban acreedores á la recompensa solicitada.

Frente al Portal de Mercaderes y á la orilla del andén exterior colocábanse los puestos, en los que se vendían todos los objetos que se relacionaban á las ideas fúnebres del día.

En unos aparecían las tumbitas de tejamanil, pintadas de negro con orlas blancas, con sus candeleros de carrizo en los ángulos, así como las *piras*, remedo de los grandes catafalcos que para las exequias de los presidentes y arzobispos se levantaban en la Catedral, no faltando, por consiguiente, en aquéllas, el muñeco de barro que representaba al prelado mexicano ó á un general muerto, como tampoco faltaba la estatuita de la Fe que coronaba el monumento.

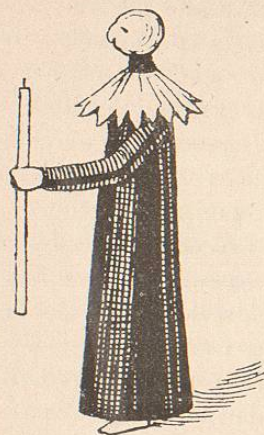
En otros veíanse esqueletos de barro, que por tener sus cráneos, piernas y brazos sujetos con alambres, adquirían movimientos epilépticos al tomarlos en la mano; muertecillos tendidos que representaban un fraile ó una monja con mortaja, y que por medio de una pita se sentaban, y los *entierritos*, colección de figuras que con sus cabezas de garbanzo y sus vestidos de papel, representaban monigotes, trinitarios y el indispensable muertecillo

por cuatro de éstos cargado, figuras simétricamente colocadas sobre listones de tejamanil las que unidas unas con otras por charnelas,



ENTIERRITO.—JUGUETE.

constituían un aparato que se movía á voluntad, acercando aquéllas unas veces, y alejándolas otras, con lo que pretendíase figurar el andar pausado y regular de los del entierro.



TRINITARIO CON CABEZA DE GARBANZO.

Figura que reemplazaba en otros juguetes de los *entierritos* á la de los monigotes.

Por aquí veíanse sobre una mesa bizcochos de diversas figuras coloreando por la grajea, y pendientes de unos barrotes horizontales de madera, sostenidos por dos pies derechos fijos en la misma mesa, cirios de variadas dimensiones, y por allí aparecían sobre otra mesa, dulces cubiertos y confitados, sin faltar los condumios, los bocadillos, palanquetas y la calabaza en tacha, de tierra caliente y, sobre todo, los de pura azúcar, entre los que sobresalían los afamados alfeniques de las monjas de San Lorenzo.

El pueblo, que en tal día dase á comer esos dulces de azúcar, que generalmente representan cráneos, esqueletos, tibias y otros huesos del ser humano, conviértese, aunque en apariencia, en *ostófago*.

¿Cuándo desaparecerá de nuestro pueblo tan repugnante costumbre?

Unos para ver y ser vistos, y otros para proveerse de los objetos expresados, acudían al Portal de Mercaderes por la mañana, sin que por eso faltasen al paseo de los panteones que terminaba casi al oscurecer.

Para aplicar los sufragios por las almas del

Purgatorio, instalábase, por la tarde, en la puerta principal de cada templo, un sacerdote con estola negra, y allí, de pie, al lado de una



mesa cubierta de paño negro y sobre la cual había un Santo Cristo, una calavera, dos cirios encendidos y un acetre, recibía las limosnas que le daban y decía sus preces aplicándolas á las almas de los difuntos que le indicaban.

Otros concurrían en masa á los teatros para solazarse con las terrificas escenas del *Don Juan Tenorio*, drama que, según se dice, es malo, pero que, á pesar de sus defectos, atrae siempre inmenso concurso de gente, que no sabe de crítica literaria y sólo atiende á la armonía de los versos y á las calaveradas del píllo aquél que echa bravatas por las niñas, se roba á una novicia para conducirla á una apartada orilla, seduce á las mujeres y mata á los papás y prometidos por partida doble, platica con los mármoles, cae muerto sin sentirlo, á manos de su antiguo camarada, ve su entierro y escucha los salmos penitenciales que van cantando por él, y, por último, llama al cielo que no le oye, y sin duda por eso sube verticalmente á él en compañía de la monjita, uno y otra transformados en espíritus de aguardiente, mientras el desdichado Comendador, por haber defendido su honra y morir asesinado por el robador de su hija, permanece en los apretados infiernos.

¡Sanísima moral de nueva emisión, que mucho perjudicaría á nuestro pueblo si tomase por lo serio é incondicionalmente el teatro, como escuela de las buenas costumbres!

Por la noche los del pueblo bajo, que sólo concurrían al paseo de la Plaza hasta las diez de la noche, hora en que irremisiblemente se cerraban las casas de vecindad, ya en sus hogares encendían las velas en el altar de sus ofrendas, consistiendo éstas en bizcochos, fruta y dulces, tamales y calabaza cocida; todo

preparado con el expreso fin de que á la media noche tuviesen que cenar sus deudos difuntos. Además de ser supersticiosa tal costumbre, es estúpida, por cuanto á que no realizándose el esperado hecho, tan contrario al orden natural, la gente se mantiene en sus trece, y cada desengaño sólo sirve para engullir, al día siguiente, las golosinas ó distribuir las á veces, entre sus amistades.

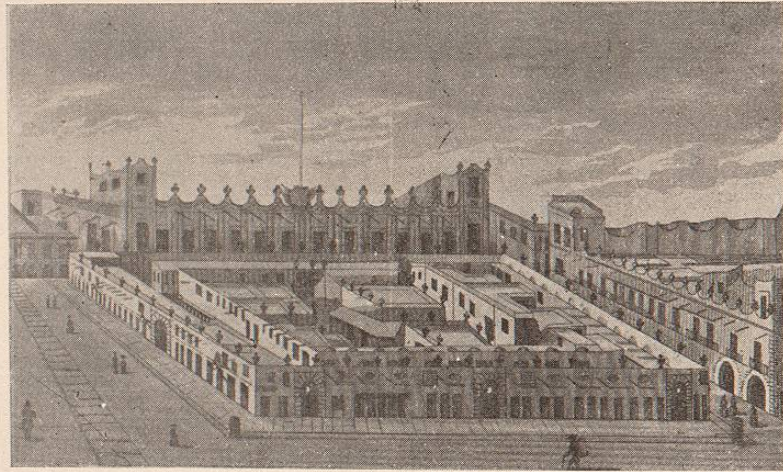
Hermana carnal de esta costumbre es la de los *velorios*. Considerada la muerte de un niño como el tránsito de un ángel, creen de su deber, los que tal costumbre siguen, el despedirse de aquél por medio de una fiesta, en que hace el principal papel la misma madre, la que por rendir culto al uso inveterado enerva en su corazón los más grandes y puros sentimientos. Tiéndese el cadáver del niño, cúbresele de flores y se le encienden dos ó cuatro velas de sebo; una orquestilla compuesta de tocadores de arpa, vihuela y aun jaranitas, ejecuta sonecillos del país, menudeando el tradicional jarabe que, por parejas, todos bailan, no dándose más treguas que las necesarias para saborear los bizcochos y gorditas de cuajada y apurar algunos vasos de aguardiente. Esta costumbre repugnante importada á México de las provincias meridionales de España, va decayendo, en verdad, entre la gente de nuestro pueblo; pero debe lamentarse que no haya desaparecido aún del todo, lo que igualmente se advierte respecto del acto de las *Tres caídas*, en la Semana Santa, acto que, como el anterior, por ser contrario á la sana razón, tiende eficazmente á embrutecer á los que lo ejecutan.

Velábanse también, de la manera descrita, á los adultos, con la diferencia de que á éstos se les rezaba, sin perjuicio de otros actos, tales como los juegos de prendas y los albures, de los que se aprovechaban los tunos de profesión; lanzábanse chascarrillos y acertijos que provocaban la risa y referíanse cuentos é historietas tremebundas llamadas ejemplos. El *velorio* terminaba á las doce en punto de la noche, hora en que *penan las almas*.

* * *

Como acontece en los coliseos con las mutaciones de las comedias de magia, así cambia-

ba la escena, de la mañana á la noche, en el teatro del gran mundo, durante ese día consagrado á conmemorar á los fieles difuntos. El tétrico cementerio era sustituido, en la noche, por un espléndido salón profusamente iluminado por millares de luces que reflejaban las lunas venecianas; al triste clamor de las campanas sucedíanse los alegres acordes de una orquesta; las salmodias, los rezos y sufragios convertíanse en cantos de amor; el traje negro de las damas desaparecía y era sustituido, como por encantamiento, con el vaporoso vestido de las hadas, es decir, las alondras de collar negro se transformaban en mariposas de esmaltadas y relucientes alas; en fin, la risa sustituía al llanto, y la alegría al dolor. Nunca como en tales días comprobábase más el di-



DIPUTACION.

PARIAN.

PORTAL DE MERCADERES.

cho de Quevedo: "Vestidos negros y pensamientos verdes," y el del mentido sentimiento, que traduzco con la expresión vulgar de "Lágrimas de Cocodrilo."

Antiguamente el paseo del día de muertos tenía verificativo en la calle que formaban el Portal de Mercaderes y el edificio del Paríán, destruido en 1843 por determinación del Presidente Santa-Anna, con el fin de ampliar y regularizar la gran plaza de la Capital. Defendida de los rayos del sol, por la mañana, y del sereno por la noche, la sobredicha calle quedaba convertida en un salón en el que se colocaban hacia una y otra acera los puestos de que se ha hecho mención, y tras de ellos sillas en hileras para que los concurrentes descansasen de tantas idas y venidas, por la

misma calle, que era en lo que consistía el susodicho paseo. A veces colocábanse los asientos sobre tablados, lo que ofrecía á las damas la oportunidad de lucir mejor sus lujosos trajes, hacer resaltar su belleza é impresionar á los que las miraban, con los destellos de sus diamantes.

Más tarde, aprovechándose la base circular del monumento que por disposición del mismo Santa-Anna había de levantarse en conmemoración de la Independencia nacional, improvisábase el salón con vigas y lienzos blancos, adornándosele con festones y ramos de flores, grandes espejos, farolas de cristal y farolillos venecianos. La base aquella que impropriamente dió su nombre de Zócalo á todo el espacio de jardines con que se le rodeó y que la servil

imitación hizo extensivo á los lugares análogos de otras ciudades y pueblos de la República, era insuficiente para servir de paseo, resultando de la aglomeración de tanta gente en espacio tan reducido inconvenientes de los que, como muestra, me permitiré referir alguno. Formábanse sobre aquella gran rueda, al parecer de molino, dos corrientes circulares compactas y opuestas que, con la afluencia sucesiva de nueva gente, aumentaban su densidad y suspendían intermitentemente su curso, en tanto que las personas que tomaban asiento en los estrados sólo veían las espaldas de los que, formando una apretada barrera, permanecían en pie para ver pasar y repasar á unas mismas gentes como las sombras chinescas de una farola. Bien podía el atento

observador advertir lo que pasaba en aquellas masas humanas que como culebras enroscadas se movían, culebras de mil cabezas que á gran prisa consumían el oxígeno contenido en el medio en que se agitaban, sin bastar, para renovar aquél, las aberturas que por todas partes ofrecía el tal saloncillo. Así es que el calor era insoportable y la presión asfixiante. Si los pisotones y estrujones causaban á unos grandes molestias, la apretura ofrecía en cambio á otros, y particularmente á los enamorados, oportunidades que eran bien aprovechadas. Allí verías, querido lector, á un honorable padre de familia llevando del brazo á sus dos lindas hijas, y en tanto que él, se-

rio y erguido, llevaba juntas sus dos manos, cada una de las niñas echaba atrás la que le quedaba libre, bien para la cartita, bien para dar el cariñoso apretoncito á la mano del novio, que iba detrás dando gracias al diablo por aquella apretura tan propicia para sus desmanes. Así es que si tienes hijas, queridísimo lector, y por precisión has de llevarlas por uno de estos dos caminos: el invadido por una concurrencia excesiva, ó el solitario del que se ha enseñoreado un toro puntal, elige el segundo.

Después de lo que te he dicho dime con la mano puesta en el corazón, si nuestras costumbres, relativas al día de muertos, no constituyen realmente una ironía.

